FAUSTINO CORDÓN

Los perros que saben reír

Hoy, de labios del marido de una nieta del poeta Manuel Altolaguirre y de Concha Méndez, nieta llamada Paloma como su madre, me entero de que se llamaba *Juana* la perra, muy lista me dice él, que conocí hace nueve años en México, que imitaba oportuna y espontáneamente el rictus humano de la risa. Pienso que, en un perro, llegar a percibir lo que significa la risa humana e imitarla cuando a él algo le resultaba risible demuestra —viviendo desposeído del don de la palabra, marginado entre hombres— una extraordinaria capacidad de inducción y generalización. Los hombres ríen con frecuencia, pero la gran mayoría de las veces por algo relatado y que, en cuanto tal, resulta ininteligible para el perro. De modo que el perro excepcional que lo hace ha de inducir lo que para el hombre significa la risa, a partir de algún caso en que lo risible resulte de un acto cuya comicidad potencial puede ser percibida por el perro (una escena cómica, por así decirlo, muda); pero este perro, al hacerlo, demuestra una notable analogía de su inteligencia canina con la nuestra, y en algo que parece tan ligado a la conducta social privativamente humana como es lo cómico, y asimilarlo a sus contenidos de conciencia reducidos a datos de los órganos de los sentidos sin la trabazón de la palabra. La perra *Juana,* al usar oportunamente el rictus de la risa, se identificaba notablemente con nosotros, se humanizaba, o mejor nos canificaba, lo que nos impone que nuestra capacidad congénita de inteligencia ha sido modelada hasta su nivel actual en el crisol evolutivo animal por la selección natural recíproca de conductas de unos animales por las de otros. Hay que pensar que la capacidad mostrada por un perro de captar, por sí, el sentido de la

RAÚL

risa ha de proceder, en concreto, de una manifestación ancestral, ante individuos de la propia especie, de la conducta específica que, globalmente, hubo de estar modelada por la gama de especies —entre las que entraba la propia— que constituía su ambiente selector específico. Muchas facultades, como la del amor o la del odio dirigidos, la de la justicia, la de la gratitud, la lúdica, la de la trampa burlesca —que todos hemos tenido ocasión de percibir en los animales domésticos—, se manifiestan con claridad, claro es el modo específico de cada uno, en distintos animales superiores libres, de modo que parece que hay que remitir el origen de ellas a especies ancestrales comunes cuyo ambiente tenía características que desarrollan estas manifestaciones de la conducta y que han conservado los ambientes específicos diferenciados a partir de aquél.

Esta perra *Juana* no sólo percibía lo cómico, sino que de un modo afín al humano era capaz de realizarlo y de comunicarlo, como lo revela el hecho que a mi mujer y a mí nos refirió Paloma Altolaguirre en presencia de todos los participantes, sin exceptuar la perra *Juana.* Nos contó que esta perra, consentida por todos, era sólo mantenida dentro de estrictas prohibiciones por Concha Méndez, la que fue esposa del poeta Altolaguirre, entre las que contaba subirse a sillones y, sobre todo, a su cama. Pues bien, llegó la desgraciada ocasión en que estando Concha Méndez en su habitación con la puerta cerrada, se cayó y fracturó la cadera; la perra, por los gemidos, interpretó desde fuera perfectamente lo sucedido, y rompiendo las normas entró rápidamente en la habitación (sabía manejar los picaportes) y con impunidad sarcástica se puso a saltar riendo sobre la cama. Decía Paloma que al entrar inmediatamente después, y a pesar de su madre en el suelo, el espectáculo les impuso la risa. Llama la atención este caso porque muestra de forma poco habitual cómo los perros entran de muy diversos modos en la intimidad de nuestras conciencias.

Pero a la vez hay que destacar la intraspasable barrera específica que la palabra —la esencia de nuestra conducta— opone a todo animal, incluso para el perro de más capacidad de inducción en la actividad humana. Traducir correctamente en la conducta canina lo que significa la risa en la humana es una hazaña interpretativa que nos indica la gran inteligencia del perro cotejada con la humana. Pero incluso los perros que han aprendido por sí mismos a reír (Thomas Mann, en *El mistificador Félix Krüll* —cito de memoria—, habla de un perro que ríe, y asevera explícitamente que hay perros que lo hacen) es obvio que ante la palabra se encuentran con un misterio impenetrable que, si se les hace enfrentarse con él, les inquieta y angustia (traduzco yo, sin duda mal, las manifestaciones caninas a mi expresión humana). Me parece que, para otra especie, vivir nuestra palabra es tan imposible como a un perro o a un hombre echarse a volar. Modular la palabra, encadenarla en su rápido modo especial y percibirla con la correspondiente precisión ha requerido decenas de miles de años de intensa presión selectiva, que ha determinado, paso a paso, nuestra privativa configuración neuromuscular del complejo órgano de la fonación y de la mano, patente en la forma de nuestro cráneo, significativa no de la inteligencia en sí, sino de la peculiar forma de la inteligencia animal que el hombre ha de aplicar a su medio social trabado por la palabra, forma que, eso sí, ha tenido el efecto imprevisible de estructurar en hombres al medio de cada hombre y, con ello, poner en conciencias humanas la conducción colectiva del propio destino, y con él el de toda la biosfera terrestre (la forma de inteligencia que, *ab origine,* ha abierto la posibilidad —difícil y siempre amenazada— de que cada hombre se realice en creciente conquista de libertad en términos de la evolución de la experiencia colectiva humana).

Faustino Cordón es biólogo.

CARTAS AL DIRECTOR

Los textos destinados a esta sección no deben exceder de 30 líneas mecanografiadas.
Es imprescindible que estén firmados,
y que en ellos quede constancia del domicilio, teléfono y número de DNI o pasaporte de sus autores.
EL PAÍS se reserva el derecho de publicar tales colaboraciones, así como de resumirlas o extractarlas cuando lo considere oportuno.
No se devolverán los originales no solicitados, ni se facilitará información postal o telefónica sobre ellos.

Contra la estupidez

¡Vaya alegría que nos ha dado, excelentísimo señor alcalde de Vitoria! Por fin, sí, por fin, un personaje político ha tenido el acierto de mostrarse como un ser racional (ideologías al margen) y, contra corriente, prestar su apoyo a la lucha contra la estupidez. Porque, ¿cómo podríamos designar la total ausencia de lógica y comprensión?, ¿qué nombre reciben los abusos sobre los principios de las personas?, ¿cuál sería la acertada definición de *inútil privación de libertad?* Por supuesto, nos estamos refiriendo al sempiterno (¿y realmente indefectible?) servicio militar.

Con infantiles conceptos acerca del *patriotismo* y del *deber con la sociedad* pretenden hacer de nosotros los soldaditos de plomo que hagan funcionar los cada vez más oxidados engranajes de su bélico juego.

¿Cuándo se darán cuenta de que todas las personas, sin distinción de nacionalidades, somos *la patria?* ¿Y cuándo reconocerán que el mejor servicio a esa *patria* es el de pegarle un pepinazo al fusil (y derivados) y dejarnos de incongruencias?

Apoyamos a las personas que, al igual que el ya citado alcalde, ayudan y defienden a unos luchadores sin más arma que la paz: los insumisos porque son miles los jóvenes que de nuevo comienzan a enfrentarse con el triste problema de tener que sacrificar un tiempo de su vida para aprender el *arte* de la defensa de nuestro país, pero ¿para defendernos de qué?— **Alejandro Vázquez** y **David Redolí.** Zamora.

Ruidos a todas horas

Un sí muy grande a la concejal de Medio Ambiente Esperanza Aguirre por ese propósito anunciado de terminar con los ruidos no ya intempestivos, sino los que se producen a todas horas, y en particular por las ambulancias que arman un escándalo por sistema y sin venir a cuento, pues los conductores si podemos nos apartamos y si no podemos es inútil por mucha sirena estrepitosa que nos echen. Pero además es que en lugares de varios hospitales concurrentes, como donde yo tengo la desgracia de vivir —inmediaciones de Cristo Rey—, es verdaderamente insoportable que cada cinco minutos un aullido feroz nos atormente los oídos de esa irracional manera. ¡No hay derecho! Ya pedimos los vecinos, en las pasadas obras de esta plaza, una vía subterránea hacia dentro del Clínico. Pero ni caso. Ni siquiera han pintado un carril para tales ambulancias al llegar a tal confluencia, atronándonos a todos a veces dos y tres ambulancias.— **Gloria Bonilla.** Madrid.

Porque hay ladrones

Entre usted a comprar y compre. Pero cuidado al salir porque su complejísimo sistema de seguridad le puede dejar como ladrona. Suena un pito, le arrebatan la bolsa —con todo lo que lleve—, la pasan por aquí y por allá, se la llevan a caja, la abren, la revuelven, sacan una prenda con un mecanismo colgado, le exigen inmediatamente el resguardo de compra...

¿Dónde lo he puesto?

Y si, pese a los nervios, la vergüenza y la humillación, no sufre un infarto y sale airosa de la prueba, pues... nada, no ha pasado nada. Márchese. No tienen —dicen— obligación de libro de reclamaciones. Y la culpa es de los ladrones.

El abuso de autoridad, su indefensión, la intromisión en su propiedad particular, la exposición pública de su intimidad, el ultraje a su honorabilidad... son naturales en las tiendas porque hay ladrones.— **Laura Iglesias.** Madrid.

Dejar la droga

Mi hijo ahora tiene 23 años, ha estado consumiendo droga, ha cometido pequeños delitos como abrir algún coche, siempre sin armas y sólo con una llave de bujías; poco se ha podido llevar. Y sin embargo, en multas de los jueces he pagado más de 250.000 pesetas, o sea, mucho más que los miles de traficantes que se embolsan millones y, con una pequeña fianza, a la calle. En fin, mi hijo decidió hace año y medio dejar la droga, y después de nueve meses en un centro de rehabilitación de Alicante, la comunidad terapéutica Els Raiets, atendido magníficamente, me engordó 27 kilos y me vino hecho un hombre. Viene y encuentra trabajo, del que está y están sus jefes muy contentos, pero he aquí que empiezan los problemas de estos pobres desgraciados. Mi hijo había pagado con multas los delitos y le quedaba uno, intentó abrir un coche, y al sonar la alarma se fue sin coger nada y lo detuvieron. Eso ocurrió hace dos años, y ahora que está curado y trabajando, demostrando que quiere ser un hombre, ahora dictan sentencia y me lo quieren meter en la cárcel seis meses. ¿Qué ha pasado? Pues, por miedo, mi hijo ha dsaparecido. Ahora está en busca y captura y lo único que va a pasar es que si lo cogen se matará, porque no hay derecho a que una persona a la que la libertad de drogas lo ha metido, y ahora que demuestra que está bien y trabajando, van a por él.

Se solicitó del centro terapéutico si se podía cumplir la conde-

Pasa a la **página siguiente**